

Narrar al enemigo para imaginar la nación: la Generación del 37 y Juan Manuel de Rosas

Carlos FERRER PLAZA
Universidade Federal de Viçosa

Resumen

El presente artículo explora la propuesta narrativa de escritores de la generación argentina del 37 en su confluencia histórica con el régimen dictatorial de Juan Manuel de Rosas, para ello tomamos como referencia el contexto de la realidad política de la región durante la primera mitad del siglo XIX. Se reflexiona sobre el uso que hicieron estos autores de la literatura como un instrumento capaz de tener un peso específico en la praxis política, al configurar un proyecto de nación como reflejo invertido de la representación literaria del caudillo, paradigma de la barbarie.

Palabras clave: Juan Manuel de Rosas, Domingo Faustino Sarmiento, José Mármol, Esteban Echeverría, Benedict Anderson.

Abstract

This article explores the narrative proposal of writers of the Argentine 'Generation of '37' in its historical confluence with the dictatorial regime of Juan Manuel de Rosas, taking as a reference the context of the political reality of the region during the first half of the nineteenth century. The essay reflects on the use that these authors made of literature as an instrument capable of having a specific weight in political praxis, by configuring a project of nation as an inverted reflection of the literary representation of the caudillo, paradigm of barbarism.

Keywords: Juan Manuel de Rosas, Domingo Faustino Sarmiento, José Mármol, Esteban Echeverría, Benedict Anderson.

LA LITERATURA COMO ARTEFACTO CULTURAL

Una gran parte de la literatura de la generación argentina denominada de los *proscriptos* o del 37 se explica en función del devenir político del caudillo Juan Manuel de Rosas y su régimen dictatorial (1829-1852). Un encuentro entre narrativa y dictador del que surgen algunos de los textos más paradigmáticos de la literatura política hispanoamericana, entre ellos *El matadero* (1839) de Esteban Echeverría¹, *Facundo. Civilización y Barbarie. Vida de Facundo Quiroga. Y aspecto físico, costumbres y hábitos de la*

¹ La obra fue escrita en los años 1839-1840 pero sólo fue publicada de manera póstuma en 1871 en la *Revista del Río de la Plata*.

República Argentina (1845) de Domingo Faustino Sarmiento², o *Amalia* (1855) de José Mármol³. Todas estas obras se articulan sobre un mismo impulso de raíz histórico-social que nutre sus páginas como verdadero centro axial de su elaboración: el combate a Rosas desde el exilio. A partir de esta estrecha relación con lo histórico, estos textos ostentan un carácter fundacional basado en la utilización de la creación literaria como arma contra el tirano y la voluntad de crear una imagen de lo nacional vinculada a esta lucha.

Es esta voluntad de construcción de una identidad nacional, sustentada sobre elementos definidores de un pueblo (una cultura, un destino y, sobre todo, un pasado común), lo que nos permitirá reflexionar sobre la forma en que el contexto histórico, ideológico y literario define teleológicamente estas obras, objetivo principal del presente artículo. Por otra parte, a mi modo de ver, este contexto sólo puede ser cabalmente comprendido al tener en cuenta las concretas circunstancias en las que se produce el proceso de emancipación del territorio argentino a partir del 25 de mayo de 1810 y el momento de inestabilidad que siguió a su independencia de la metrópoli. Un periodo que antecede a las obras de los autores de la generación del 37 y que contrasta con el éxito de estos en la construcción de un ideario coherente para la formación del Estado-nación argentino, con un claro espíritu fundacional aliado a su escritura.

Antes de profundizar en este asunto considero imprescindible explicar el enfoque teórico sobre el que voy a construir mi argumentación en torno a los conceptos de nación e identidad nacional y su aplicación en el contexto de la América española que se independiza de la metrópoli después de tres siglos como colonia. Para ello, es interesante partir de una definición expuesta por Ernest Renan en la célebre conferencia pronunciada en 1882 “¿Qué es una nación?”, en la que subraya el carácter subjetivo del sentimiento nacional:

Una nación es un alma, un principio espiritual. Dos cosas que no forman sino una, a decir verdad, constituyen esta alma, este principio espiritual. Una está en el pasado, la otra en el presente. Una es la posesión en común de un rico legado de recuerdos; la otra es el consentimiento actual, el deseo de vivir juntos, la voluntad de continuar haciendo valer la herencia que se ha recibido indivisa [...] Un pasado heroico, grandes hombres, la gloria (se entiende, la verdadera), he ahí el capital social sobre el cual se asienta una idea nacional. Tener glorias comunes en el pasado, una voluntad común en el presente; haber hecho grandes cosas juntos, querer seguir haciéndolas aún, he ahí las condiciones esenciales para ser un pueblo. (2010: 52)

Para Renan, deudor del ideario positivista y el idealismo alemán, la cohesión nacional no se explica por elementos raciales, territoriales, religiosos, lingüísticos o de comunidad de intereses. Es la voluntad del individuo de formar parte de una comunidad con un pasado, un presente y un proyecto común que continúe la herencia histórica recibida. Percibamos que un concepto como el de voluntad común debe anclarse necesariamente sobre elementos que fundamenten ese deseo de pertenencia, y para el

² Publicado en Santiago de Chile en 1845, en forma de folletín en las páginas de *El Progreso*, ese mismo año ya aparece la primera edición de la obra en volumen.

³ La novela comenzó a publicarse en Montevideo en forma de folletín en 1851, en el suplemento literario de *La Semana*, pero la edición completa de la obra aparecerá en 1855.

autor francés estos elementos no tienen un fundamento político sino cultural: la historia. ¿Qué sucede entonces cuando determinadas comunidades deciden hacer desaparecer de su historia tres siglos de pasado colonial? En ese caso, lo que atañe al “pasado histórico, grandes hombres, la gloria” debe ser transformado, creado, imaginado.

Cien años después del discurso de Ernest Renan, y profundizando en lo que en el pensador francés está apenas sugerido, se publicó uno de los libros más influyentes y repetidamente citados en torno al nacionalismo, *Comunidades imaginarias: reflexiones sobre el origen y difusión del nacionalismo* (1993)⁴, de Benedict Anderson. Este ensayo se desarrolla en el contexto de una serie de investigaciones desarrolladas por autores como Roland Barthes, Michel Foucault, Louis Althusser, o con posterioridad al estudio de Anderson, Bronislaw Baczko y Homi K. Bhabha, que estudian, desde diferentes perspectivas, las relaciones entre el poder y las representaciones simbólicas de la colectividad, subrayando la importancia de determinadas manifestaciones culturales en la construcción y consolidación de la identidad nacional. En estos mismos años destacan dentro del ámbito que más nos concierne, el de la literatura hispanoamericana, dos ensayos que, en la línea de los paradigmas defendidos por Anderson, enfatizan la importancia del poder de los intelectuales, la narrativa y el desarrollo y divulgación de la prensa en la formación de las identidades nacionales en América: *La ciudad letrada* (1984), de Ángel Rama y, con mayor importancia para el presente estudio, *Foundational Fictions. The National Romances of Latin America* (1991), de Doris Sommer, ensayo que sitúa la escritura y lectura de la narrativa del siglo XIX en el centro de la creación del imaginario identitario de las nuevas naciones hispanoamericanas.

Benedict Anderson considera el nacionalismo un sistema cultural que debe ser comprendido en contraposición a comunidades sustentadas en creencias religiosas o el poder de dinastías. La importancia de ideologías y prácticas políticas existe como reflejo de los intereses de las élites, aunque subordinadas a la construcción de un imaginario social⁵, un “producto cultural específico” surgido de intereses, conflictos y preocupaciones relevantes para una determinada colectividad. Un “artefacto cultural” constituido por una red de símbolos, mitos, narrativas y discursos de carácter fundacional propagados y legitimados socialmente. Conformarían esta red textos periodísticos, proclamas políticas, obras historiográficas, biografías y obras de ficción, junto con otros tipos de manifestaciones culturales⁶.

⁴ Utilizo la versión en español *Comunidades imaginarias: reflexiones sobre el origen y difusión del nacionalismo* (1993), traducida por Eduardo Suárez para Fondo de Cultura Económica a partir de la segunda edición en inglés de 1991. La primera edición del libro, *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, se publicó en 1983.

⁵ Anderson considera que cualquier nación es siempre “imaginada” porque “aun los miembros de la nación más pequeña no conocerán jamás a la mayoría de sus compatriotas, no los verán ni oirán siquiera hablar de ellos, pero en la mente de cada uno vive la imagen de su comunión” (1993: 23).

⁶ Es importante apuntar que, como afirma Bronislaw Baczko (1991), este “artefacto cultural” se recupera y se transmite por la sociedad que se reconoce en él y lo hace funcionar como una ideología en la que el poder se legitima. Las representaciones colectivas proyectadas, que conforman la construcción cultural de Anderson y que Baczko denomina “ideas-imágenes”, no son únicamente una representación de la

LA FUNDACIÓN DE LA NACIÓN Y JUAN MANUEL DE ROSAS

Como comenté anteriormente, el punto de partida del presente artículo es la hipótesis de que el fundamental impulso para la creación de un artefacto cultural fundacional, imprescindible para la configuración de un patrimonio simbólico que nutriese el imaginario social del nuevo Estado-nación argentino, sólo llegó con la confluencia histórica entre los escritores románticos de la generación del 37 y la dictadura de Juan Manuel de Rosas. De esta afirmación surge una cuestión que sirve para introducir factores histórico-sociales y literarios importantes para mi análisis: ¿por qué no cuajó en el periodo comprendido entre la Independencia (1810) y la llegada al poder de Rosas (1829) este impulso fundacional de la nueva nación? Para responder a esta pregunta voy a referirme a dos aspectos que, por contraste con lo sucedido en la época rosista, pueden esclarecer los rasgos definitorios de esta: el conflicto de intereses e ideologías entre las élites criollas y la evolución del pensamiento liberal ilustrado posterior a la Independencia⁷.

La emancipación de la metrópoli española es un hecho de una gran trascendencia histórica y consecuencias sociales globales, Halperín Donghi afirma que en 1825 “no hay sector de la vida hispanoamericana que no haya sido tocado por la revolución” (1998: 136). Ante esta situación completamente novedosa y de imprevisible desarrollo se abre un complejo marco social en el que, en palabras de Alain Rouquié: “la destrucción del estado colonial no permite aún instaurar un nuevo orden” (1990: 115), un período que se va a dilatar durante varios años en lo que Halperín Donghi llama “la larga espera”. Siendo esta una situación común en toda la América española es importante también prestar atención a los factores específicos que van a posponer la consolidación de un Estado-nación en los territorios del Río de la Plata, determinando además las características de su futura configuración. En primer lugar, debe destacarse la rapidez con la que fueron liberados los territorios del Virreinato del Río de la Plata, convirtiendo la región en un laboratorio de los problemas y dilemas que acuciarían a la entera América independiente. La marginalidad en la que habían estado sumidas las colonias del Río de la Plata por parte de la Corona española hasta mediados del siglo XVIII había cambiado de signo con anterioridad al momento de la emancipación.

realidad social, sino que, en función de la significación fundacional que les otorga la sociedad, construyen esa misma realidad, es decir, tienen la capacidad de actuar sobre ella. De ahí que el control y manipulación de las representaciones colectivas fundacionales tenga una importancia capital para el mantenimiento y legitimación del poder político.

⁷ Benedict Anderson analiza el proceso de formación de las múltiples naciones americanas y el fracaso de una América unida, y lo relaciona con los dos aspectos señalados, subrayando su ineficacia en la formación de una conciencia de identidad nacional: “Son bien conocidos los intereses económicos en juego, que obviamente tenían una importancia fundamental. El liberalismo y la Ilustración ejercieron claramente un efecto poderoso, sobre todo proveyendo un arsenal de críticas ideológicas contra los imperiales *anciens régimes*. Lo que estoy proponiendo es que ni el interés económico, ni el liberalismo o la Ilustración, podrían haber creado por sí solos la clase o la forma de la comunidad imaginada que habrá de defenderse contra las depredaciones de estos regímenes; dicho de otro modo, ninguno de estos conceptos proveyó el marco de una nueva conciencia” (1993: 101).

Buenos Aires se había convertido durante el setecientos en un importante punto de entrada de productos manufacturados extranjeros en el continente y el puerto por el que pasaban las cada vez más abundantes exportaciones de la región, cuero y carne de saladeros especialmente. Esto, unido a la cada vez mayor organización de un contrabando comercial apoyado por intereses británicos, había convertido a Buenos Aires en un polo de crecimiento crucial para el Río de la Plata en el momento de la emancipación, un centro de poder que se mostrará deseoso de extender su área de influencia aprovechando los acontecimientos de 1810. Frente a estos intereses, las provincias que componían el antiguo virreinato, y que en su mayoría estaban bajo la influencia de caciques locales, no estaban dispuestas a perder su autonomía política y comercial en favor del centralismo porteño. Siendo así, ante el apremiante reto de establecer los fundamentos de un nuevo modelo de Estado, surge una cuestión que va a provocar las divisiones más enconadas entre los grupos de poder: ¿se debía establecer un gobierno central fuerte y unificado o se hacía necesaria una organización federal que permitiese a las provincias gozar de una autonomía política y económica? La controversia surgida de estas dos posiciones encontradas va a determinar en gran medida la época de violencia, inestabilidad política y guerras civiles posterior a la Independencia.

Este conflicto se repitió en toda la América independiente: el esfuerzo por intentar reunir en un tronco común cultural y simbólico a varias regiones chocó con la voluntad de las comunidades que se negaban a renunciar a su especificidad e independencia política. El Río de la Plata es un ejemplo claro de este enfrentamiento en el que el choque de intereses económicos prevaleció, reflejándose en la asunción de puntos de vista irreconciliables sobre cómo debía ser la nueva organización del Estado. Las élites políticas se separaron en dos frentes cuyas posturas se negaban mutuamente cada vez con mayor virulencia, no sólo en lo territorial sino también en cuestiones todavía más trascendentales del nuevo orden social, dificultando así cualquier tipo de diálogo entre los dos partidos: los conservadores contra los liberales o, como terminaron denominándose, federales contra unitarios, subrayando así la importancia de la polémica en torno a la organización territorial.

Las diferencias políticas dentro de las clases dominantes acrecentaron la dificultad de constituir un proyecto coherente que reflejase una idea y una práctica del Estado, una concepción de la nación. En realidad, el modelo político que las dos facciones mayoritarias defendían tenía como base común el establecer un orden en el que las élites políticas criollas (terratenientes, comerciantes y autoridades) preservasen los instrumentos de poder heredados de la época colonial sin compartirlos con los sectores populares. Sin embargo, el componente ideológico propuesto por los dos bandos —que tenían en común el objetivo de evitar la ascensión de las capas sociales subalternas como nuevos actores sociales, y por tanto estaban en gran parte motivados por intereses económicos y el deseo de conservar sus privilegios— no estaba conformado por un grupo social con características e ideas políticas estables. Muy por el contrario, sus propuestas se modificaban en función de una realidad política-social dinámica y cambiante. Explica este hecho Waldo Ansaldi al criticar la identificación inequívoca que

muchos historiadores presuponen entre determinados grupos sociales y las posturas políticas de los dos bandos enfrentados:

No es infrecuente el error de soslayar la interpenetración existente entre las distintas facciones o grupos (todavía no constituidos como tales en rigor) de una misma clase, también ella en formación; tampoco lo son los de considerar a las clases como homogéneas (sobre todo políticamente) y como estáticas. La incapacidad de captar el movimiento real interno y la tendencia economista a establecer una vinculación fatal entre clases o facciones y sus expresiones políticas, no ayudan en absoluto a una correcta explicación del proceso histórico. Así, es común caracterizar al “unitario” como expresión política de los comerciantes y de los intelectuales y al “partido federal” como la de los terratenientes o (en algunas variantes) de la alianza de terratenientes y clases subalternas. Un análisis detenido muestra de inmediato que las divisiones políticas no se corresponden exactamente con las económico-sociales, tanto menos cuanto este periodo es de formación de las clases y por ende existe una situación fluida, cambiante, ambigua. No es correcto, pues, considerar como agrupamientos cristalizados a elementos que están aún en estado líquido. (1986: 70)

A mi modo de ver, es esta situación “fluida, cambiante, ambigua” uno de los factores determinantes que va a obstaculizar la formación de condiciones idóneas en las que una determinada clase social dominante se identificase con una concreta y delimitada visión del nuevo Estado-nación. El dinamismo de una sociedad cambiante e imprevisible va a hacer inviable la cristalización de un consenso por parte de grupos dominantes en torno a los símbolos, narraciones y modelos que componen el “artefacto cultural” que, en la opinión de Benedict Anderson, conforma la identidad nacional. De esta manera, faltaba también el apoyo institucional y social necesario para ser reproducido por los medios de comunicación (prensa, academias, intelectuales) y consolidado en un sistema educativo a través del cual, consecuentemente, sería aceptado, compartido y legitimado por el resto de la población. En suma, al estado de inestabilidad constitucional y los continuos enfrentamientos civiles se une, en gran medida como consecuencia de estos, la ambigüedad ideológica de una clase privilegiada aún en “estado líquido”, y una burguesía aún no consolidada, incapaz de transmitir y dar solidez a imágenes del Estado-nación que impulsasen de forma coherente fuerzas motrices generadoras de un sentimiento identitario nacional.

Es en este contexto de los años veinte, en el Estado presidido por Bernardino Rivadavia y denominado Provincias Unidas del Río de la Plata, cuando los ilustrados porteños, de ideología en su mayoría unitaria, disfrutaron de un periodo de relativa estabilidad en la que promovieron reformas, crearon asociaciones y fomentaron el desarrollo de la cultura. La llegada al poder de Juan Manuel de Rosas en 1829 provocó un exilio masivo de estos ilustrados liberales (el escritor Juan Cruz Varela fue un icono de esta situación), y un consecuente vacío en el sistema literario que será ocupado por la nueva generación romántica argentina, con Esteban Echeverría, recién llegado de Europa en 1830, a la cabeza. La decepción por los sucesivos fracasos políticos posteriores a la emancipación llevó a esta nueva generación, conocedores de los autores europeos que animaban el ambiente intelectual del Romanticismo, a replantearse las ideas sobre las que se sustentaba el racionalismo liberal de la generación que los precedía.

Uno de los errores en los que más se incidió para intentar explicar este fracaso fue el haber querido trasplantar sistemas políticos, leyes e instituciones nacidas de otras civilizaciones (la europea y Estados Unidos esencialmente), ignorando las características propias del país, de tal manera que lo único que se había conseguido era retrasar el auténtico progreso.

Para los escritores románticos, hacía falta conocer la realidad argentina para encontrar teorías y sistemas que se ajustasen a esta realidad. En base a estas ideas creció el interés por el contexto natural que condiciona el carácter del pueblo, por la historia de esa sociedad, por las tradiciones y costumbres que están arraigadas en su comportamiento, en definitiva, se desarrolló un afán por identificar las condiciones concretas del país y así descubrir la manera de implantar el modo de vida que denominarán “civilización”. Desde este punto de vista, Juan Manuel de Rosas era la consecuencia de los errores cometidos después de la emancipación, pero también se entendió como un producto genuino del espíritu de esa sociedad que querían comprender. El caudillo era, por tanto, un enigma histórico que había que resolver para así encontrar el modelo de nación que realmente llevaría al país al progreso y los románticos argentinos encontrarán en la literatura una herramienta para indagar en ese enigma.

La red de símbolos patrióticos, fechas conmemorativas y héroes nacionales que se fue tejiendo en torno a la Independencia en los años anteriores a la llegada de Rosas al poder había logrado establecer en la sociedad una imagen del Estado-nación en clara oposición a la visión negativa del periodo colonial, retratado como un retroceso histórico marcado por el oscurantismo, la tiranía y la perpetuación de hábitos impuestos por el clero y la milicia. Sin embargo, como afirma Benedict Anderson, “ninguno de estos conceptos proveyó el marco de una nueva conciencia” (1993: 101), la comunidad legitimó una explicación al porqué de la independencia: la liberación del oscurantismo y la tiranía española, pero no encontró respuestas a dos cuestiones fundamentales: cómo debía ser esa sociedad (sus modelos de conducta y organización social), y cuál era su destino como nación (una historia a la que dar continuidad, un camino de futuro que los guiara como grupo). Los autores de la generación del 37, representantes de una burguesía liberal en proceso de consolidación, abanderaron la puesta en práctica de un nuevo enfoque para la construcción de un “artefacto cultural” capaz de dar respuesta a esas cuestiones. La piedra angular de esta propuesta fue Juan Manuel de Rosas, figura central de la creación literaria romántica argentina.

LA GENERACIÓN DEL 37 Y JUAN MANUEL DE ROSAS: EL CONFLICTO IRRESOLUBLE

La explicación de la ascensión de Rosas al poder está estrechamente relacionada con el contexto social, ideológico y cultural al que me he referido anteriormente. Es interesante analizar los factores que lo entronizaron como tirano a partir de la interpretación que hace un representante del antirrosismo como Domingo Faustino Sarmiento en un artículo publicado en *El Progreso* en 1844:

Elevado al mando de su país por los brazos de una insurrección general de las masas; sostenido en el mando por los medios mismos de que está insurrección los ha provisto; dueño de este elemento y conocedor de su fuerza y de sus instintos; vencedor, si no en el campo de batalla, al menos en la política y en los resultados, de toda la parte ilustrada, de toda la parte europea, diremos así, por ideas y hábitos que tenía la República Argentina, ha llegado a tener un conocimiento completo del estado de la sociedad en Sud-América, y despliega una astucia nada común para tocar las cuerdas sociales y producir los sonidos que le interesan, según las miras que se propone realizar. (Lynch, 1993: 509)

La imagen que nos ofrece Sarmiento se concentra en un punto esencial: la relación de Rosas con “las masas”. Unas masas que, en opinión de Sarmiento, el tirano conocía y controlaba sabiendo con astucia cómo utilizarlas, manipulándolas para su propio provecho. De hecho, para el autor sanjuanino las masas son la fuerza más importante para la ascensión de Rosas al poder y el arma con la que consiguió mantenerse en el cargo. Es evidente que para Sarmiento la relación de Rosas con el pueblo es esencial para explicar su misma existencia como tirano. Esta opinión es, por supuesto, la visión de un autor que es juez y parte de un determinado conflicto histórico, pero al mismo tiempo es esclarecedora de la imagen que tenían los enemigos de Rosas sobre las causas de la existencia del fenómeno. Subrayar la adhesión popular que tenía el dictador, dejando en un segundo plano otros importantes elementos políticos y sociales, no es casual y tiene un objetivo evidente en Sarmiento: describir con claridad la conjunción entre las masas ignorantes y el caudillo, relación que explicaría el fenómeno de la barbarie y que tendrá una gran importancia en la representación literaria de Rosas.

La importancia de las masas para las élites políticas y económicas tiene unas causas históricas precisas que además explican en parte el aumento de la influencia de los caudillos más allá de lo regional. La militarización de los sectores populares de la sociedad fue un proceso necesario para mantener las luchas independentistas durante los primeros años de revolución. Las élites criollas entendieron que motivar, movilizar y, en la medida de lo posible, politizar a las clases populares era imprescindible para formar ejércitos y extender el mensaje de la revolución. De esta manera, incluso la población rural y los gauchos se vieron obligados a servir a una causa con la que difícilmente se identificaban. Los ejemplos de Artigas en la Banda Oriental y Martín Güemes en Salta dejaron claro que los estancieros (y muy especialmente los caudillos locales) eran los únicos actores capaces de controlar y movilizar a estos sectores populares. En consecuencia, el equilibrio de poder se transformó y fue redefinido en función de la posesión de tierras y el número de hombres que se era capaz de acumular, la fuerza militar se convirtió en un elemento crucial que el poder político necesitaba dominar. La población rural era mucho más numerosa que la urbana y este será uno de los factores decisivos para el ascenso del sector terrateniente en la sociedad posrevolucionaria, su capacidad para conseguir hombres y recursos para la lucha armada. Paralelo a este ascenso, el proceso de debilitamiento económico (por el coste de la guerra) y de desprestigio institucional de las élites urbanas (en un contexto de inestabilidad, heterogeneidad social y falta de consenso que dificultaba la confianza en

el orden constitucional) provocó un pragmático posicionamiento de estas élites dentro del nuevo orden político en el que van a ocupar un lugar subordinado. Halperín Donghi comenta cómo aquellas élites urbanas rigurosamente empobrecidas en este periodo tomarán el camino de la “adhesión rencorosa”. Los que habían conseguido mantener una parte importante de su riqueza “aprecian en la hegemonía militar su capacidad para mantener el orden interno, que, aunque limitada y costosa es por el momento insustituible; se unen entonces en apoyo del orden establecido a los que han sabido prosperar en medio del cambio revolucionario” (1998: 145).

Juan Manuel de Rosas fue uno de los hombres que mejor supo adaptarse al nuevo orden social y prosperar, además de convertirse astutamente en una figura imprescindible para salvaguardar el tan valorado “orden interno” al que se refiere Halperín Donghi. Pragmático y conservador en sus ideas políticas, Rosas fue en primer lugar conocido como gran hacendado cuyo poder va creciendo unido a la predominancia del sector terrateniente al que pertenece y en el que destaca como líder. Esta imagen de caudillo carismático respetado entre las clases subalternas, especialmente rurales, dio a Rosas un importante prestigio como jefe regional. Sin embargo, su poder residía en mayor medida en la fuerte base económica que poseía y en su control de los recursos locales: hombres para reclutar, caballos, provisiones, armas, etc. Esto, unido a su capacidad de controlar a otros caciques regionales, lo convirtió en un elemento estabilizador que la oligarquía central no tardaría en incorporar al nuevo orden político. No pasó mucho tiempo antes de que Rosas tuviese la oportunidad de participar de la vida política en una dimensión nacional.

En 1829, y demostrando una alta dosis de astucia, oportunismo y frío cálculo político —características reconocidas y señaladas por Echeverría, Sarmiento y Mármol al retratarlo literariamente—, Rosas encontrará en el derrocamiento y asesinato de Manuel Dorrego el acontecimiento ideal para aprovechar el descontento popular —tanto en Buenos Aires como en las regiones rurales de la provincia— y comenzar una guerra de guerrillas contra el general Lavalle y las fuerzas unitarias que tenían el control de la capital. Es en este momento cuando Rosas va a encontrar aliados en las masas insurrectas a las que hace referencia Sarmiento: las clases menos favorecidas de las ciudades y de la sociedad rural que se rebelaron ante el asesinato de Dorrego. El caudillo bonaerense aprovechó esta situación no solo para evidenciar la existencia de esta fuerza popular (en gran medida instigando esta insurrección) a la que las élites económicas debían temer, sino también para reclutarlas en su avance hacia Buenos Aires y demostrar su liderazgo y capacidad para controlarlas. Rosas entró en la capital con un ejército de federales, gauchos, proscritos e indios, un grupo cuya cohesión giraba únicamente en torno a su figura. Fue una demostración de poder, un poder basado en la capacidad de control social que lo convertía en imprescindible para las élites. En diciembre de 1829 fue declarado Restaurador de las Leyes e Instituciones de la Provincia de Buenos Aires y elegido gobernador con facultades extraordinarias. Rosas tenía apenas treinta y cinco años y se mantendrá en el poder —con un intervalo entre 1832 y 1835— hasta 1852.

El apoyo popular fue, por tanto, un factor crucial para la llegada de Rosas al poder, un apoyo que corresponde exactamente a las clases subalternas a las que los

unitarios responsabilizaban en parte por el fracaso de la consolidación del estado-nación y el caos institucional: los salvajes indios, los bárbaros gauchos, las ignorantes clases populares. Individuos, en opinión de los unitarios, carentes de educación, incapaces de asumir un ideario civilizado y fácilmente manipulables por el carisma, fuerza y liderazgo de Rosas. Los escritores antirrosistas alejarán a estas clases populares urbanas y rurales de su proyecto nacional e identificarán en todo momento en sus escritos su visión de esta masa ignorante con la figura de Rosas, convirtiendo al caudillo bonaerense en fiel representante de esta parte de la sociedad y, junto a ella, de una idea: la barbarie. Son un claro ejemplo de este proceso la horda de asesinos del joven unitario en *El matadero* o la figura del propio Facundo Quiroga en la obra de Sarmiento: clases urbanas populares y gauchos son inseparables de Rosas y su régimen dictatorial⁸.

En sus primeros años en el poder Rosas consolidó su dominio gracias a varios factores: su indiscutible capacidad para imponer el orden; el apoyo de los hacendados (a los que aseguraba estabilidad interna, protección de sus propiedades, nuevas tierras, continuidad de las relaciones de patronazgo, etc.); una estable alianza con la Iglesia; la eliminación de cualquier tipo de oposición, tanto la de unitarios y liberales, que optaron masivamente por el exilio especialmente a partir de 1840, como la de sus detractores dentro del propio partido federal (los llamados “lomos negros” o “cismáticos” frente a los “apostólicos” o rosistas), muchos de los cuales también tuvieron que tomar el camino del exilio escapando de la violencia rosista contra todo aquel que no demostrara un apoyo incondicional a su gobierno⁹. Unitarios, liberales, “lomos negros” y cualquier sector crítico de la población se convirtieron para los rosistas en “unitarios”, una etiqueta sin matices ideológicos que denominaba a los enemigos de la patria. La falta de cohesión y estabilidad ideológica que había caracterizado a los partidos políticos en los años posteriores a la Revolución de Mayo se estructura ahora sólidamente sobre una dicotomía basada en la adhesión o repulsa al gobierno rosista. No hay término medio: se es rosista o antirrosista. La interpretación de la realidad sociopolítica se hace en función de la valoración positiva o negativa que se tenga de la figura del tirano y su régimen político. Durante el periodo rosista el tirano es el filtro por el que se ve, se piensa y se imagina la nación. En consecuencia, escribir durante el periodo rosista significa inevitablemente escribir sobre el rosismo.

El régimen rosista pasó de estar afianzado en un apoyo popular predominante a una estructura de poder basada en el miedo, la represión y una fuerte campaña propagandística en la que el culto personalista al dictador tomó un importante protagonismo. La campaña de terror puesta en práctica por todo el aparato represor del

⁸ La consecuencia es el desprecio de los autores por el pueblo bárbaro, como afirma Ezequiel Martínez Estrada: “Con la excepción quizá condicionada de Mitre, todos los grandes escritores argentinos, que son los gobernantes en las décadas del 50 al 80, desdennan al pueblo que tratan de proteger con leyes. Sarmiento llega a aborrecerlo, con todo que era de hogar muy humilde” (1996: 45).

⁹ La obligatoriedad de la divisa punzó a partir del segundo mandato de Rosas quizá sea el símbolo más representativo de la persecución política rosista y de su evidente tentativa de homogeneizar ideológicamente el país. Cualquier ciudadano que no usase la divisa podría ser acusado de “salvaje unitario”.

régimen –la Mazorca en primer lugar, pero también policía, cuerpo de serenos, militares y un amplio sistema de espionaje–, especialmente durante el periodo 1839-1842, no fue un terrorismo de clase sino político. La selección de las víctimas de la represión fue organizada sistemáticamente con el objetivo de homogeneizar y depurar la sociedad en un sentido puramente ideológico. Intimidación, arrestos, torturas y asesinatos sin ningún tipo de control legal fueron una práctica habitual en un periodo en el que las manifestaciones externas de adhesión al régimen fueron obligatorias, la más mínima manifestación pública crítica con el gobierno resultaba peligrosa. Es indudable que esta violencia dictatorial fue un factor determinante en la configuración de la frontera que separaba la sociedad en dos bandos, pero la consolidación de esta división se produjo a través de la creación y propagación de símbolos cargados ideológicamente. Rosas en el centro del poder político, los antirrosistas desde fuera del país, los dos frentes ahondaron en sus diferencias y destacaron sus respectivas señas de identidad, aún más si el propio elemento identitario era opuesto al utilizado por el bando rival para autodefinirse. De esta manera, el poncho autóctono se enfrenta al frac francés, el caballo a la calesa, el color rojo de la federación al blanco y celeste unitario, los hábitos sociales de la campaña a las refinadas costumbres de los hombres cultos de Buenos Aires, lo genuinamente americano frente a lo europeo, Rosas frente a Lavalle, la dictadura terrateniente frente a la democracia liberal burguesa y, en definitiva, una constelación de elementos antinómicos que caracterizaban y definían a cada uno de los bandos con la finalidad de oponerse al otro, al enemigo.

Los textos literarios se convertirán en un medio idóneo para la propagación de estas ideas, no sólo por el auge de la prensa en este periodo, soporte primordial para libros como *Facundo* y *Amalia*, sino también por la significación asignada a la letra escrita como seña de identidad de la cultura unitaria frente a la supuesta condición iletrada de los partidarios del rosismo. Por otra parte, la visión romántica de la palabra poética como reflejo del espíritu frente a la materia aportaba una visión mitificada y profética del escritor como transmisor de verdades trascendentes. David Viñas explica la importancia ideológica de este encumbramiento del escritor:

Es que el pensamiento liberal operaba con un presupuesto: la eficacia excepcional de “las letras”. Se habla en esa época de “apostolado de las letras”, del “espíritu doblegando la materia”, del “alma de la literatura”. Todo este ciclo se inscribe en el horizonte ideológico sustentado en una etapa de apogeo de la literatura y de especial convicción en el privilegiado poder del escritor. [...] La burguesía romántica era espiritualista y edificante y el material didáctico en el que demostraba mayor convicción es el libro. (1971: 16)

El libro como “material didáctico” es una de las ideas que mejor explica el marcado carácter utilitarista, heredado de las ideas ilustradas, que determina el uso de la literatura como vector de imágenes y símbolos capaces de construir el proyecto de nación propuesto por estos autores.

LA ESCRITURA DE LA NEGATIVIDAD Y EL PROYECTO DE NACIÓN

Para lograr analizar los mecanismos profundos de esta narrativa fundacional considero imprescindible reflexionar sobre la manera en que los escritores antirrosistas concentran sus esfuerzos en la práctica de, lo que podríamos denominar, una escritura de la negatividad frente a Rosas. La figura del tirano, y todos los elementos que conforman la visión de la barbarie asociada a él, son retratados literariamente desde un enfoque negativo, pero, al mismo tiempo, con un indisimulado protagonismo en las obras. La barbarie está en el centro de *Facundo*, *Amalia* y *El matadero* y la civilización surge como el reflejo invertido de un espejo que nos muestra lo que la nación no debe ser. La realidad bárbara se yergue como contraejemplo de la nación imaginada por la burguesía liberal. Paradójicamente, su reelaboración como palabra escrita integra a la barbarie dentro de un ámbito propio de la civilización: la escritura.

El rechazo al dictador y a la barbarie no evita que estos se conviertan en los protagonistas de sus escritos, retratos de una realidad repudiada que, sin embargo, otorga a estas obras su carácter inaugural dentro de la literatura política argentina e hispanoamericana. Leonor Fleming (1991) apunta lo que parece la raíz de la cuestión: “Estos autores se proponían narrar una realidad maniquea con lo bueno y lo malo claramente separado, pero el objeto artístico que crean resulta muy superior en rigor literario al valor testimonial que pretendían” (1991: 91). Estoy de acuerdo con la investigadora argentina en que, de alguna manera, Rosas y la barbarie presentan una potencialidad literaria aprovechada satisfactoriamente por autores como Echeverría, Sarmiento y Mármol, sin embargo, considero que el valor testimonial pretendido por estos escritores no está en contradicción con ese valor artístico, al contrario, el cuidado tratamiento literario de la barbarie es esencial en el objetivo último de su creación: derrocar a Rosas y crear un imaginario fundador de lo nacional. En realidad, la construcción literaria de aspectos identificadores de la barbarie produce exactamente el efecto pretendido por los autores, al provocar, por contraste, la potenciación de los factores determinantes de la idea de civilización. A este respecto, un ejemplo claro sería la figura de Matasiete y el ambiente de pesadilla en el que se desarrolla *El matadero*, elementos que resaltan por oposición las características positivas del joven unitario, personaje inverosímil como individuo pero eficaz en su condición de arquetipo, ante el cual el lector, testigo de la vejación a la que es sometido, solo puede tomar partido a su favor. Este procedimiento es eficaz, e incluso didáctico, en función de la calculada identificación de elementos en oposición constante que definen a los dos bandos: rosistas y antirrosistas. Esta transformación en dos visiones tan opuestas de la historia, la sociedad y la nación provoca que la referencia a un aspecto de la barbarie nos remita inmediatamente a la civilización, en una lógica de opuestos en la que se depende de la presencia del otro para definirse, pero, paradójicamente, es necesaria su aniquilación para existir.

Para resolver esta paradoja debemos pensar en el Rosas literario como un antihéroe que representa simbólicamente la barbarie. La narrativa antirrosista, en la que la figura del tirano es auténtico centro genésico de los conflictos expuestos, desarrolla

un análisis del dictador y su régimen sustentado en el concepto de progreso como elemento constitutivo de la idea de futuro. De esta manera, sometido Rosas a este imperativo, se convierte en un mito negativo que no representa ni el destino de la nación ni la continuidad de la comunidad sino su destrucción. Para explicar este proceso considero especialmente clarificadoras las palabras de Fernando Aínsa en su estudio clásico *Identidad cultural de Iberoamérica en su narrativa*:

Cada definición “positiva” de la identidad supone, *contrario sensu*, la elaboración de imágenes “negativas” con las cuales complementa y delimita el marco de su propia configuración. Las imágenes negativas pueden ser el resultado de un esquema implícito o explícito de la definición de una identidad cultural, es decir, presentarse como “antinomias” de otros valores. Pero también puede resaltar un carácter determinado en perjuicio de otro, con lo cual se está enjuiciando negativa y tácitamente su opuesto, lo que podría ser parte de la identidad de otra cultura. (1986: 52)

Aunque Aínsa se está refiriendo aquí a identidades culturales, su abordaje es perfectamente válido para el asunto que nos ocupa. En el caso de los escritores antirrosistas el enjuiciamiento tácito del opuesto es positivo, ya que es la representación de la barbarie la que provoca la valoración antinómica de la civilización. Aínsa recoge en el mismo capítulo de su ensayo una cita de T. S. Eliot que es muy sugestiva al respecto: “Afortunado el hombre que en el momento adecuado encuentra al enemigo adecuado. El enemigo es necesario. No hay que liquidarlo” (1986: 53). Sin duda Rosas fue necesario para los autores de la generación del 37, a partir de su figura histórica lograron crear narrativamente un antihéroe cuyas características pudiesen ser interpretadas en contraposición a un modelo cultural futuro, configurado en torno a los elementos significativos del otro: el enemigo. Por otra parte, este concepto, el de antihéroe, que al ser focalizado revela todos los ámbitos de una realidad indeseada, necesita un contrario positivo que a su vez sea representación simbólica del nuevo orden propuesto: el héroe.

Carlos Monsiváis reflexiona en su artículo “Pero, ¿hubo alguna vez once mil héroes?”, incluido en el libro *Aires de familia* (2000), sobre la importancia de los héroes en la formación de las sociedades americanas. Estos “seres ejemplares”, “espejos de virtudes”, son el centro axial de los símbolos y paradigmas de las nuevas naciones. La historia y los héroes serán los conceptos ineludibles que permitan formar esas comunidades americanas que tienen en el progreso su destino final. Para Monsiváis estos dos elementos son inseparables en la elaboración del imaginario nacional ya que “la Historia absuelve y condena, y la gran clave para entenderla y fijarla en la memoria colectiva es el heroísmo, medio masivo de difusión de las Repúblicas” (2000: 80), y más adelante afirma que “el heroísmo ayuda a estructurar las conciencias nacionales, encauza la lectura de la Historia y, en los distintos niveles sociales, suscita simultáneamente el sentimiento de orgullo y la conciencia de fragilidad” (2000: 83). El héroe puede ser, como de hecho lo fue en América en numerosas ocasiones, mártir, y es de esta manera que “la tragedia en la que se sumerge lo humaniza y, al mismo tiempo, lo diviniza. Es como todos porque sufre y muere; es absolutamente único porque sufre y muere por

los demás” (2000: 82). Partiendo de las palabras de Monsiváis es posible interpretar la figura del joven unitario de *El matadero* y el personaje romántico Daniel Bello en *Amalia* como dos ejemplos de creaciones literarias cuyo objetivo fundamental es representar un heroísmo mitificado a partir de su sacrificio en pos de la lucha contra el antihéroe Rosas. Sin embargo, estos personajes, por su propio carácter ficcional y el trazo idealizado de su confección, carecen de la textura histórica de Juan Manuel de Rosas. De la misma forma, tampoco Lavalle, Paz o Rivadavia están tratados por Sarmiento con la misma profundidad de análisis con que construye la vida de Facundo Quiroga, auténtico protagonista de su obra. A mi modo de ver, lo que de estas obras trasciende ideológicamente, es que los héroes herederos de los valientes combatientes de la Independencia, luchadores contra el oscurantismo y la tiranía española representada ahora en Rosas, los sacrificados hombres ejemplares que arriesgan su vida contra el dictador —y que tienen su transposición narrativa en figuras como el joven unitario o Daniel Bello— son, en realidad, la encarnación literaria de los propios escritores antirrosistas¹⁰.

Autores como Echeverría, Sarmiento o Mármol, junto con otros escritores de su generación, se presentan como ejemplos del modelo social, cultural y político que proponen para la nueva nación argentina. Personifican una clase social, la burguesa, que quiere recuperar su posición privilegiada frente al sector terrateniente apoyado por Rosas, y que para ello necesita hombres que no sean únicamente escritores, sino que estén en la primera línea del combate contra la tiranía. El proceso civilizatorio exige que los intelectuales, los escritores, los educadores “sean también hazañosos”, convirtiéndose en una figura que perdurará en las letras hispanoamericanas: el escritor-estadista, el autor políticamente comprometido o, como afirma Monsiváis: “El Maestro de la Juventud, el pensador y (a su modo) el hombre de acción que, según consenso social, encarna con su esfuerzo y su talento lo mejor de los valores republicanos” (2000: 90-91).

Este grupo, cohesionado por aspectos coincidentes que marcarán su obra: el exilio, el compromiso con el combate al régimen de Juan Manuel de Rosas, el uso de la escritura como arma contra el tirano y, simultáneamente, como medio de incidir políticamente en la realidad nacional, también evidencia en su proceso de formación como grupo el objetivo común de configurar las bases de un Estado-nación moderno fundado sobre la hegemonía de la burguesía liberal ilustrada, clase a la que todos estos escritores pertenecen y representan de manera emblemática. Es en esta motivación ideológica, en la que el diseño y edificación de la nación imaginaria tiene como ejes

¹⁰ Leonor Fleming subraya la identificación entre Echeverría y el joven unitario de *El matadero*, interpretándola a partir de una idealización basada en los códigos románticos: “el joven vejado es el mismo héroe desdichado de todos sus poemas; personaje autobiográfico en cierto sentido —el de su autobiografía ideal—, encarna la cara prestigiosa que le hubiera gustado cultivar. [...] El escritor se identifica con el unitario maltratado que ‘revienta’ de orgullo e impotencia; actúa y replica no tanto ‘como lo habría hecho el noble poeta en situación análoga’, según juicio admirativo de J. M. Gutiérrez, sino enfáticamente, como lo exigía el código romántico con el que estaba comprometido” (1995: 75).

simbólicos paradigmas que exponen una cierta visión de sí mismos, donde aparece con claridad el objetivo de crear un país que les devuelva su propia imagen.

El concepto de “civilización” defendido por los hombres de la generación del 37 está desarrollado en sus textos con una marcada impronta personal: sitúa a los propios autores como portavoces y modelos heroicos de una nación que tendrá como centro la idea de progreso. David Viñas, en su ensayo *Literatura argentina y realidad política*, explica este proceso en la secuencia “escritor-sacerdote-héroe-líder” que tendrá como base la sacralización de la palabra escrita por parte de los liberales argentinos:

No es casual que la librería de Marcos Sastre sea el “recinto” donde se formulan las “iniciaciones” del grupo: la excepcionalidad inherente al héroe se sacraliza y difunde generacionalmente en su referencia a lo sacerdotal proyectándose sobre el escritor. El Héroe es único, hacedor de la ley, igual a la ley; por lo tanto, el Escritor Heroico necesita enfatizar su individualidad. (1971: 19)

El camino que el escritor de esta generación recorre desde las primeras reuniones en la Librería Argentina de Marcos Sastre y el posterior exilio hasta alcanzar la centralidad del poder —desplazamiento encarnado en las figuras de Mitre y Sarmiento¹¹— tiene como instrumento fundamental la práctica de la escritura. Durante el gobierno rosista la palabra escrita se carga de significación política y la figura del escritor conquista un aura de ser excepcional, transmisor privilegiado de la palabra civilizadora. Como afirma David Viñas, “el libro, idealizado, se hace Biblia y el escritor se propone como *elegido* en reemplazo del sacerdote en una sociedad que se quiere laica” (1971: 17). Esta sacralización de la cultura literaria está implícita en la propia propuesta fundacional que representan los conceptos de civilización y barbarie. A este respecto, vale la pena recordar el fragmento inicial de *Facundo*, en el que Sarmiento recuerda el momento de su exilio:

A fines del año 1840 salía yo de mi patria desterrado por lástima, estropeado, lleno de cardenales, puntazos y golpes recibidos el día anterior en una de esas bacanales sangrientas de soldadesca y mazorqueros. Al pasar por los baños de Zonda, bajo las armas de la Patria que en días más alegres había pintado en una sala, escribí con carbón estas palabras: On ne tue point les idées. El gobierno, a quien se comunicó el hecho, mandó una comisión encargada de descifrar el jeroglífico, que se decía contener desahogos innobles, insultos y amenazas. Oída la traducción, “¡Y bien!” dijeron, “¿qué significa esto?”. (p. 36)

Ricardo Piglia ve en esta escena la condensación y cristalización de la oposición civilización y barbarie, entre “quienes pueden y quienes no pueden leer esta frase” (1993: 9). La cultura letrada europea se configura como línea que delimita dos visiones de la realidad nacional. Los escritores liberales románticos —poseedores de este conocimiento y detentadores de la escritura civilizadora— se autoafirman como encarnación de la civilización y máximos representantes del culto a la palabra escrita, el lenguaje civilizado y la razón. Los escritores antirrosistas verán en este medio el arma más eficaz para derrocar a Rosas y ellos, enfatizando la simbología heroica de su figura, se convertirán

¹¹ Bartolomé Mitre presidió Argentina de 1862 a 1868; le sucedió en el cargo Domingo Faustino Sarmiento, que gobernó el país desde el año 1868 hasta 1874.

en los grandes guerreros de la pluma. Sarmiento niega a Rosas la posesión del lenguaje civilizado y de la capacidad de usar la palabra como defensa. Ellos son los únicos detentadores de este poder, pues es de esta capacidad de la que surge su excepcionalidad individualidad:

¡La prensa! ¡La prensa! He aquí, tirano, el enemigo que sofocaste entre nosotros; he aquí el vellocino de oro que tratamos de conquistar; he aquí como la prensa de Francia, Inglaterra, Brasil, Montevideo, Chile, Corrientes, va a turbar tu sueño en medio del silencio sepulcral de tus víctimas; he aquí que te has visto compelido a robar el don de lenguas para paliar el mal, don que solo fue dado para predicar el bien; ¡he aquí que descienes a justificarte, y que vas por todos los pueblos europeos y americanos mendigando una pluma venal y fraticida, para que por medio de la prensa defienda al que ha encadenado! (2005: 46)

En este fragmento de *Facundo* es posible observar la vinculación entre el bien y la lengua escrita y el mal relacionado con su ausencia. La palabra es un don que solo viene de la periferia, del exterior, es decir, de Europa y de la resistencia antirrosista en el exilio. Se niega a Rosas la posesión de la lengua civilizada, que solo puede ser falsamente utilizada al ser robada de sus legítimos dueños: los escritores liberales. Consecuentemente, se rechaza la existencia de una literatura afín al régimen –imagen intencionalmente falseada como demuestra, por ejemplo, la prolífica carrera de un escritor como Pedro de Angelis–, autoproclamándose herederos únicos de la Revolución de Mayo y sustentadores de la lengua civilizadora. Su situación de exiliados “proscriptos” no hacía más que confirmar la separación entre el centro bárbaro carente de escritura y la periferia letrada que ellos mismos representaban. Desde la perspectiva distanciada del emigrado, trabajaban por la victoria frente al tirano con el convencimiento de convertirse en importantes actores políticos en la futura misión de civilizar el país y, así, fundarlo.

En este contexto ideológico la prensa adquiere una importancia preponderante, ya que será el vehículo de transmisión a través del cual la idea de “civilización” propugnada por los autores liberales en el exilio se divulguen por la palabra escrita, llegando a todos aquellos que luchan contra el tirano. Textos que posteriormente serán publicados en forma de libros aparecieron con anterioridad en la prensa. Un ejemplo paradigmático es *Facundo*, publicado en veinticinco entregas (desde el 2 de mayo hasta el 25 de junio de 1845) en el periódico *El Progreso*; o *Amalia* que también apareció en forma de folletín en el suplemento literario del diario montevideano *La Semana* en 1851. Estos dos casos son suficientemente representativos para resaltar la utilización prácticamente ineludible en la época de diarios y revistas como medio de difusión de textos escritos.

El desarrollo de la prensa es uno de los factores decisivos para entender la consolidación de la literatura como elemento determinante en la construcción de un imaginario nacional y, paralelamente, el encumbramiento del escritor como figura política preponderante. La importancia que Benedict Anderson otorga a este hecho lo lleva a pensar en la lectura diaria de la prensa como “una ceremonia masiva extraordinaria” (1993: 60) que provoca la conciencia de una comunidad anónima de la

que el lector forma parte. Siguiendo las reflexiones de Anderson, podemos comprender cómo los impresores y editores de prensa tuvieron un papel decisivo al crear un vínculo imaginario entre toda la intelectualidad liberal en el exilio y los lectores de los países de emigración. Era éste un público reducido pero fiel, con el que los autores tenían una comunicación inmediata y directa gracias a los canales periodísticos. De esta manera, el proceso que eleva al escritor romántico liberal al ámbito de lo sacerdotal —como afirma David Viñas— y posteriormente al plano heroico, tiene en la difusión de la prensa un soporte imprescindible. Comenta Anderson que “Hegel observó que los periódicos sirven al hombre moderno como un sustituto de las plegarias matutinas” (1993: 60) y, en efecto, la lectura de la prensa diaria es un ritual privado y al mismo tiempo colectivo a través del cual los emigrados antirrosistas debían de sentir la pertenencia a una comunidad de compatriotas que imaginaban, desde su posición excéntrica, la patria. Una nación cuyos perfiles eran delineados, página tras página, por el “escritor-sacerdote-héroe-líder”. La confrontación antihéroe/dictador/barbarie y héroe/escritor/civilización se configura, por tanto, como el eje vertebrador de estas obras. Las dos fuerzas en conflicto están estructuradas en torno a componentes simbólicos y míticos que conciernen a la entera comunidad y su futuro como nación, lo que hace que estas obras tengan claros rasgos emparentados con las narraciones épicas, condicionando su trascendencia y significación.

Los escritores de la generación del 37 consiguen crear figuras que son parte de la historia y del mito al convertirlas en ejemplos paradigmáticos de una idea de la nación. Civilización y barbarie aparecen encarnadas en personajes históricos que son, al mismo tiempo, símbolos cargados ideológicamente y referencias concretas de gran poder sugestivo en el imaginario colectivo. De esta manera, Rosas es historia y una idea que trasciende la propia historia: es barbarie a un nivel simbólico, ejemplo paradigmático de una etapa histórica que, desde la perspectiva de los escritores de la generación del 37, debía ser superada.

A MODO DE CONCLUSIÓN: LA LITERATURA COMO POLÍTICA

Todo lo apuntado en el presente artículo lleva a una interpretación de las obras de los autores antirrosistas en la que la actitud maniquea frente a la realidad y un marcado proselitismo ideológico condicionan su formulación literaria. En este sentido, uno de los aspectos en el que la tensión entre política y literatura aparece de manera más determinante es el punto de vista narrativo. Es interesante observar cómo, en mayor o menor medida, en todas estas obras la perspectiva del narrador omnisciente se identifica claramente con el autor. Este no recurre a ningún tipo de distanciamiento frente a lo narrado, sino que impregna el texto de opiniones, comentarios y reflexiones en las que su propio punto de vista dirige y condiciona la interpretación del lector¹².

¹² Explica con claridad este hecho Carlos Pacheco: “El autor interviene, ‘se entromete’, a través del narrador omnisciente o de alguno de los personajes, comentando las incidencias de la acción, explicando la actitud de un personaje o el sentido de una decisión; estableciendo, en definitiva, de forma clara,

Este intervencionismo constante del autor está presente en las tres obras a las que hemos hecho referencia, aunque tal vez sea en *Amalia*, por encuadrarse dentro del género novelístico con un marcado carácter folletinesco, donde este aspecto se percibe como un obstáculo mayor para la coherencia narrativa de la obra, disminuyendo su eficacia novelesca en favor de lo ideológico. A esto debemos unir la acumulación de denso material histórico, alegatos políticos y acopio documental que frenan el ritmo narrativo y que influyen de forma negativa en la dinámica de la acción. El narrador omnisciente de *Amalia* es una voz que dirige al lector por un camino predeterminado para evitar cualquier confusión sobre el sentido en que debe ser interpretado el texto, un narrador que, como expone Teodosio Fernández, “interrumpe a su gusto la acción para exponer la situación histórica o analizar los males de la patria y que valora la calidad y los hechos de los personajes y reflexiona sobre su alcance hasta hacer de *Amalia* una verdadera novela-ensayo” (2010: 51-52). Efectivamente, las continuas digresiones y la abundante aparición de documentos sitúan la obra de José Mármol en una encrucijada genérica entre el ensayo, el análisis histórico de una época y la novela. Lo estrictamente novelístico se ve condicionado por la intromisión de la voz omnipresente del narrador-autor, auténtico protagonista de la obra en detrimento de los seres que crea, personajes cuya voz es solapada e instrumentalizada por la de su creador.

Aún más interesante es el caso de *Facundo*, cuya ambigüedad genérica aproxima la obra a lo ensayístico, provocando así que la voz del autor aparezca de forma más coherente y eficaz dentro del discurso. Sin embargo, si *Amalia* es una novela que tiende a ser una “novela-ensayo”, *Facundo* es, por su parte, un ensayo que permite una lectura novelística en la que el narrador omnisciente posee un control absoluto sobre el objeto narrado. La preferencia de Sarmiento por la biografía y la autobiografía refleja su fascinación, de clara influencia hegeliana, por el individuo de talla heroica como actor principal del devenir histórico y reflejo de un espíritu universal. A lo largo de su extensa obra construye un programa en el que la escritura tenga un espacio en el territorio del poder político y, de esa manera, el escritor pueda entrar a formar parte de este grupo de hombres que, en la visión de Sarmiento, son decisivos en la evolución histórica de un pueblo. El autor sanjuanino se considera un ejemplo y no duda en presentarse como tal en sus escritos; la construcción de la nación y de sí mismo como figura pública van a ser dos acciones paralelas en Sarmiento, ambas realizadas a partir del acto de la escritura. A este respecto son esclarecedoras las palabras de Beatriz Sarlo (2007):

En esta construcción imaginaria de la república futura, Sarmiento se coloca como representante de tres tiempos: del pasado, por su genealogía, del presente por su poder de intervención, del futuro por su capacidad de convertir los discursos en prácticas: así como ha sabido leer un país, podrá alterar su simbología y liquidar consecuentemente esa oscura base de resistencia, fundada

explicita y proselitista, su propio punto de vista ideológico y su proyecto político. No solo predomina el ‘contar’ sobre el ‘mostrar’, sino que lo contado se comenta hasta borrar cualquier duda acerca de su significación” (1987: 56).

en el pasado pero que todavía decide, bajo la forma de Rosas y la montonera, las relaciones presentes. (2007: 17)

Sarmiento es el paradigma de “héroe cultural” que cree que sin cultura es imposible la patria. En el contexto épico que caracteriza *Facundo* el autor es el héroe, y su destino, que representa la escritura y por tanto la cultura civilizadora, está indivisiblemente unido al de la nación. Su voz está claramente presente en cada línea de su obra, porque es él el hombre representativo de la civilización, el autodidacta conocedor de la auténtica cultura –la europea– y el espejo en el que se puede ver reflejada la Argentina futura. El narrador omnisciente que lee, selecciona, organiza, narra e interpreta la historia aparece de cuerpo entero de manera deliberada, con la textura de la palabra como forma que lo constituye y lo simboliza, colocando su vida y su pensamiento frente a la biografía de los representantes de la barbarie.

Por un lado, en *Facundo*, el poder de Facundo Quiroga está basado en el sometimiento del espíritu a la materia: la violencia, los instintos, el terror, la fuerza, y su dominio existe en una práctica política concreta a través de la tiranía ejercida por su “heredero” Rosas en el momento de la publicación del libro. De hecho, aunque Sarmiento deja vislumbrar en su obra una admiración hacia Facundo Quiroga como símbolo del espíritu de su pueblo en estado puro, “una manifestación de la vida argentina tal como lo han hecho la colonización y las peculiaridades del terreno” (Sarmiento, 2005: 48), y llega a reconocer en sus características naturales “el hombre grande, el hombre de genio a su pesar, sin saberlo él, el César, el Tamerlán, el Mahoma” (Sarmiento, 2005: 140), lo cierto es que esta energía, cuya pureza aparece valorada positivamente, es constantemente rechazada por su falta de contención, de control racional, inviable en el marco del ideario civilizador del autor¹³.

Por otro lado, situado frente al poder representado por Facundo y Rosas, está Sarmiento autor-narrador, creador y dominador absoluto de su mundo literario, que selecciona, organiza, narra, comenta e interpreta la historia dando a la realidad histórica la impronta de su propia personalidad. Su territorio no es el país dominado por la tiranía rosista, el de la práctica política contemporánea que intenta cambiar, sino el espacio de

¹³ La tensión entre atracción y rechazo se hace especialmente patente en el libro del sanjuanino al situar a Facundo Quiroga en una oposición dialéctica con la figura de Juan Manuel de Rosas. El profesor argentino Noé Jitrik, en su estudio *Muerte y resurrección de Facundo* (1983), analiza de qué manera las comparaciones entre Facundo Quiroga y Juan Manuel de Rosas que aparecen en *Facundo* tienden a enfatizar una serie de contradicciones en torno a la barbarie, ya que “la inteligencia, la capacidad de cálculo de Rosas adquiere la apariencia de lo que es espontáneo en Facundo pero es, por cierto, otra cosa” (1983: 48). El desierto engendra a Facundo, pero no a Rosas, este surge de un sistema representativo: el orden práctico del estanciero de Buenos Aires. La barbarie de Facundo está basada en la espontaneidad, la audacia, la violencia instintiva frente al obrar de Rosas, “espíritu calculador”, “el mal sin pasión”, “corazón helado”. Jitrik interpreta la manera en que el discurso evidencia una voluntad de “quitar importancia o de rebajar el tono” (1983: 55) a las acciones de Facundo al ser comparado con el tirano porteño. En la comparación, por tanto, “aparece Facundo como humanizado, matizado, y aun, por qué no, revalorizado” (1983: 59).

la imaginación: Sarmiento es el constructor de un país que todavía no existe, es la nación imaginada que está fundando a través de la escritura civilizadora, su poder es el sometimiento de la materia histórica bárbara al espíritu de la civilización. Son dos individualidades reflejadas en un espejo en cuyo enfrentamiento converge un libro y, al mismo tiempo, el destino de la nación: materia/ imaginación, nación presente/ nación futura, orden de lo real/ orden de lo narrado, discurso rosista/ discurso liberal, dictador terrateniente bárbaro/ escritor burgués civilizado.

En el presente estudio he querido ahondar en la importancia referencial del régimen dictatorial y el dictador Juan Manuel de Rosas como generadores de una destacada narrativa producida por varios escritores antirrosistas. La literatura argentina –y por su importancia inaugural la hispanoamericana en general– nace impregnada de ideología y ligada a un compromiso con la realidad política surgida de los procesos de independencia de la metrópoli. La escritura literaria se afirma como un instrumento capaz de tener un peso específico en la praxis política, contribuyendo así a configurar una determinada imagen de la nación. La llegada al poder de Juan Manuel de Rosas fue un acontecimiento fundamental que propició esta convergencia entre política y literatura, ya que la política excluyente del tirano –que pretendió homogeneizar ideológicamente el país– provocará una polarización de la sociedad en dos bloques en torno a la adhesión o rechazo a su persona, logrando así una cohesión entre los intelectuales que será básica en la producción de símbolos, narraciones y discursos conformadores de un “artefacto cultural” capaz de legitimarse socialmente.

Tomando en consideración lo expuesto, se infiere que, más allá del estudio de cualquier otro aspecto específico de su producción, la interpretación de una parte fundamental de la propuesta literaria de esta generación de intelectuales liberales sólo puede llevarse a cabo a partir de la comprensión histórica de su intencionalidad política e ideológica y del reconocimiento de un proyecto político de carácter fundacional que condiciona e instrumentaliza la escritura, determinando las coordenadas en las que se desarrolla la imaginación literaria. Por lo tanto, los numerosos hallazgos narrativos y estéticos que podemos encontrar en las representaciones literarias de Juan Manuel de Rosas y su régimen dictatorial realizadas por los autores de la generación del 37 tienen su justificación histórica e interpretación más coherente en la eficacia política que alcanzan dichas representaciones, ya que ambas conquistas –estética y política– provienen de un mismo impulso: la voluntad de pervivencia del mensaje en pro de un proyecto que imagina la nación como imagen invertida del enemigo.

BIBLIOGRAFÍA

- AÍNSA, Fernando (1986): *Identidad cultural de Iberoamérica en su narrativa*, Madrid: Gredos.
- ANDERSON, Benedict (1993): *Comunidades imaginarias. Reflexiones sobre el origen y difusión del nacionalismo*, México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- ANSALDI, Waldo (1986): “La forja de un dictador. El caso de Juan Manuel de Rosas”, en Julio Labastida Martín del Campo (coord.): *Dictaduras y dictadores*, México D. F.: Siglo XXI, pp. 27-91.
- BACZCO, Bronislaw (1991): *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*, Buenos Aires: Nueva Visión.
- ECHEVERRÍA, Esteban (1995): *El matadero*, Madrid: Cátedra.
- FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, Teodosio (2010): “Introducción”, en José Mármol: *Amalia*, Madrid: Cátedra, pp. 11-58.
- FLEMING, Leonor (1991): “Civilización y barbarie: el conflicto de Sarmiento en la obra de Echeverría”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, nº 489, pp. 91-96.
- HALPERÍN DONGHI, Tulio (1998): *Historia contemporánea de América Latina*, Madrid: Alianza.
- JITRIK, Noé (1983): *Muerte y resurrección de Facundo*, Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- LYNCH, John (1993): *Caudillos en Hispanoamérica*, Madrid: Mapfre.
- MÁRMOL, José (2010): *Amalia*, Madrid: Cátedra.
- MARTÍNEZ ESTRADA, Ezequiel (1996): “La literatura y la formación de una conciencia nacional”, en Saúl Sosnowski (ed.): *Lectura crítica de la literatura americana. La formación de las culturas nacionales*, Caracas: Biblioteca Ayacucho, pp. 22-53.
- MONSIVÁIS, Carlos (2000): *Aires de familia. Cultura y sociedad en América Latina*, Barcelona: Anagrama.
- PACHECO, Carlos (1987): *Narrativa de la dictadura y crítica literaria*, Caracas: Celarg.
- PIGLIA, Ricardo (1993): *La Argentina en pedazos*, Montevideo: Ediciones de la Urraca.
- RENAN, Ernest (2010): *¿Qué es una nación?*, Madrid: Ediciones Sequitur.
- ROUQUIÉ, Alain (1990): *Extremo occidente. Introducción a América Latina*, Buenos Aires: Emecé.
- SARLO, Beatriz (2007): *Escritos sobre literatura argentina*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- SARMIENTO, Domingo F. (2005): *Facundo*, Madrid: Cátedra.
- SOMMER, Doris (2004): *Ficções de fundação. Os romances nacionais da América Latina*, Belo Horizonte: UFMG.
- VIÑAS, David (1971): *Literatura argentina y realidad política. De Sarmiento a Cortázar*, Buenos Aires: Ediciones Siglo Veinte.

